

José D. Benavides
La vida de Blasco Ibáñez y de Joaquín Sorolla... contada por el hombre que
convivió con ellos durante varios años
(Estampa, 4-7-1931)

El «hijo mayor» de Blasco Ibáñez

¿Ha podido alguien sujetarle el pensamiento a este gran tipo de Fernando Viscaí? Siempre con la cabeza levantada olfateando el viento, orondo, los cabellos grises, rostro aún de frescos colores, marcado aquí • allí por pliegues imborrables, Fernando Viscaí vivió catorce años al lado de Blasco Ibáñez, y dieciocho con Joaquín Sorolla.

Vive Viscaí en un piso para él solo, que es como un universo.

— Yo sentía —me dice Viscaí— por el Blasco escritor una admiración sin límites... Fui a su casa a los dieciocho años, creyendo que vivía holgadamente, y me encontré con una especie de cabaña de Tom... ¡Cuántas veces he tenido que llevar a vender o empeñar las joyas y los mantones de doña María, bonísima mujer, víctima, como su marido, de la política valenciana!

—¿Qué hacía usted al lado de Blasco Ibáñez?

—Él escribía y yo editaba. *La Argentina y sus grandezas*, libro que le había encargado Figueroa Alcorta, presidente entonces de aquella República, nos costó grandes disgustos... Los tipógrafos se declararon en huelga. Don Vicente, enloquecido, se mesaba los cabellos... Sin consultarlo, me dirigí a las máquinas para hacerlas marchar. Me quité la chaqueta, hice funcionar primero una, luego otra... Durante nueve días, ¡cómo trabajé! Día y noche sin descanso.

—¿Pero se hizo usted un buen maquinista? —le pregunto.

—Estupendo: igual que un profesional. Desde aquella fecha don Vicente comenzó a llamarme «mi hijo mayor».

El sentido paternal del novelista

—Despechugado, con el pelo en desorden, cara y manos manchadas de tinta, en pleno bullicio de la redacción de *El Pueblo*, recibía diariamente comisiones que iban a ver a su jefe —a su «cheneral»— para preparar mítines y un partido que quería que fuese, como el de Lerroux en Barcelona, «maravilla de organización». Le quedaba aún tiempo para escribir artículos, cuentos y novelas. Como Mario, su hijo, que estaba muy enfermito, no dejaba dormir de noche a nadie, lo sentaba en su rodilla izquierda, y así escribió, un día y otro, hasta las dos o las tres de la madrugada, *Arroz y tartana*.

«Las leonas del Cabañal»

Muchas veces, después de dejar el periódico metido en máquina, hacía que le acompañase a respirar el aire mañanero. Caminando con lentitud, descubriéndose a cada momento, nos dirigíamos hacia El Grao, hablando de cosas imposibles, aturdiéndome con la palabra, creándome una inquietud con

cada frase, moviendo los brazos y abriendo y cerrando los puños, con la mirada perdida no sé donde... Se paraba de trecho en trecho, o se ponía delante de mí cerrándome el paso. En el alto del Puente del Mar, se detenía ante los casalicios de los patronos de Valencia para ver cómo las pescadoras, bien subidas las faldas, tocaban con la mano la inscripción de la lápida y se santiguaban a tiempo que decían: «¡Señor, feu que no me pillen les peses curtes!», invocando a la divinidad en sus manejos de contrabando y las pesas faltas de plomo.

Don Vicente, que sentía pasión por marineros y pescadoras, a «las leonas del Cabañal» las seguía a la barraca del fielato, donde reñían a gritos con los consumidores porque les removían el pescado, temerosas de que descubrieran el enorme contrabando de tabaco que hacían.

Bajo las copas espesas de los árboles, me contaba las mil vicisitudes que sufrían aquellas gentes del mar en sus aventuras de contrabandistas aprovechando su influencia política en Madrid para sacarlas luego de la cárcel.

«¡Me donen molt que fer, me donen molt que fer!», se lamentaba.

El éxito de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*

Trabajador infatigable, escribía de diez a doce horas diarias. Para no emborronar las cuartillas las iba desparramando por la mesa y por el suelo. Llegué a contarle, sin levantar la cabeza, lo que se dice de una sentada, ciento diez. Y sin embargo, nadie sabe que de *La barraca* se editaron solo mil ejemplares, de los cuales yo regalé doscientos cincuenta a los amigos de don Vicente, tardándose cerca de dos años en venderse los setecientos cincuenta restantes.

Recuerdo que a Clarín, en *Los lunes de El Imparcial* le mereció el libro este comentario: «También el simpático Vicente Blasco Ibáñez ha publicado una novela titulada *La barraca*». Y nada más.

Escribió *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* sin ninguna seguridad en su éxito; tanto, que cedió la propiedad absoluta para todos los países de habla inglesa por siete mil francos. Sorprendido del éxito, cuando hizo su primer viaje a Nueva York, en un banquete con que le obsequiaron, el editor le regaló un cheque por valor de treinta mil dólares.

Lo que selló más fuertemente nuestra amistad

—Acababa de escribir *Entre naranjos*, su última novela regional, cuando apareció el *Quo vadis?*, de Sienkiewicz. En seguida me llamó a su despacho, contándome a grandes rasgos la novela que pensaba escribir sobre el sitio de Sagunto. En el suelo, recién abiertas, había dos cajas de madera con obras acerca de las civilizaciones griega y romana. «Mire —me dijo—: aquí están los elementos de documentación para el nuevo libro» «¿Es que usted, entonces, piensa dedicarse a la novela histórica?» Puso mucha atención en mis

palabras, azorándose un poco. «Lo que sucede es que hay que vivir, y la novela regional no da de sí más de lo que se lleva hecho. Sería repetirse y repetirse...»

—¿Y Sorolla? Don Joaquín no retrocede ni se repite: va hacia delante.

Cómo se conocieron Blasco y Sorolla

—Joaquín Sorolla, todo el día a pleno sol, pintaba, en la playa del Cabañal, esos tipos que, gracias a él, conoce todo el mundo, Blasco escribía entonces *Flor de mayo*, su novela preferida. Un día, al regresar de la playa, se encontraron los dos maestros en el tranvía. Don Vicente, al ver a Sorolla, se acercó a él resueltamente: «Buena me la ha hecho, don Joaquín —le dijo riendo—, con su cuadro *¡Aún dicen que el pescado es caro!*, que envió a la Exposición de Madrid; me quitó usted el título del libro que estoy terminando.» «Siento mucho la coincidencia, Blasco. ¿No habría forma de arreglarlo?»

Don Vicente, en pocas palabras, le contó el argumento. Antes de que terminase, Sorolla le indicó: «Pues me parece que *Flor de mayo* no le iría mal. ¿Usted qué dice?» «Que será ese el título.»

Tiene que venir una república...

—Mi vida —prosigue Viscai— comencé a alternarla entre Blasco Ibáñez y Sorolla... Sorolla nunca me vio pintar hasta que quedé parálítico... Los amigos huyeron de él; le abandonaron... Al principio, los amigos fueron a verlo de vez en cuando; luego, telefonearon preguntando por él, y al año, nadie se acordaba del más genial de los pintores contemporáneos españoles... No fui yo, sin embargo, el discípulo a quien él indicó el color que debía poner en el lienzo... Ni a él ni a Blasco nada tengo que agradecerles en el orden material... Cuando Sorolla pintó la decoración de la Hispanic Society, de Nueva York, todavía estaba evolucionando.

—Por aquella decoración le dieron seis millones, ¿no es eso?

—No se puede decir lo que le han dado, porque indigna y avergüenza. Me daba tanta pena ver salir de España aquella obra maestra, que le ofrecí al hijo de Sorolla pagársela yo. Mejor dicho: llevar a exponerla por España y Sudamérica... No puede extrañar esto, ya que don Joaquín se vio obligado a vender la medalla de honor de la Exposición Nacional, en Norteamérica, por seis mil duros. «¿Qué necesidad hay de las Bellas Artes? —me decía—. El Estado está creando cátedras y más cátedras, metiendo a los artistas en un escalafón burocrático-militar, donde hay sargentos, capitanes y coroneles. Tiene que venir una república que acabe con los artistas en serie. ¿Para qué fomentar aquello que no tiene aplicación?»

Don Alfonso de Borbón quiso que Sorolla fuese un palatino

—Cuando murió don Joaquín, el marqués de la Vega Inclán me llamó para leerme un telegrama de don Alfonso de Borbón, en el que, demostrando un gran interés por la obra de Sorolla, pedía que no saliese de España y se

crease un Museo. «Ese deseo es tardío —le dije al marqués—. Sorolla no necesita más monumento que sus propios cuadros. El jefe del Estado jamás se preocupó de la labor de Sorolla ni de su vida...» «No está usted en lo justo, Viscaí. Él hubiese querido que Sorolla fuese un palatino... Toda la real familia se habría prestado, de buen gusto, a servirle de modelo...» «Sí, vamos; de "gorra"...»